



LA 'DOMINACIÓN EMOCIONAL' COMO VIOLENCIA SIMBÓLICA: UNA LECTURA ILLOUZIANA DE BOURDIEU

'EMOTIONAL DOMINATION' AS SYMBOLIC VIOLENCE: ILLOUZ'S READING ON BOURDIEU

María Tocino Rivas¹

Universidad de Salamanca, España

Resumen: El concepto de 'dominación emocional' de Eva Illouz se deriva de la noción bourdieuana de 'violencia simbólica', que alude a las relaciones de dominación en las que los dominados no disponen para conocer lo real de otro instrumento que el que comparten con los dominadores. En un contexto de pérdida de la autoridad tradicional masculina en el trabajo y el hogar, los hombres reafirman hoy su estatus a través de la sexualidad acumulativa y el desapego afectivo, lo que les otorga el control emocional de sus relaciones con las mujeres. En las sociedades contemporáneas, gobernadas por el paradigma afectivo de las 'relaciones negativas' –en el que, de forma generalizada, los vínculos sexoafectivos se desregulan y ven desdibujarse crecientemente sus contornos–, las mujeres heterosexuales sufren esta 'dominación emocional', que entra en conflicto con sus mayores aspiraciones de exclusividad y compromiso, su mayor disponibilidad emocional y su responsabilización social de la función de la reproducción.

Descriptores: Eva Illouz · Pierre Bourdieu · Dominación emocional · Violencia simbólica · Relaciones negativas.

Abstract: Eva Illouz's concept of 'emotional domination' derives from the Bourdieuan notion of 'symbolic violence', which alludes to relationships of domination in which the dominated do not have any other instrument to know the real than the one they share with the dominators. In a context of loss of traditional male authority at work and home, men today reaffirm their status through cumulative sexuality and affective detachment, which gives them emotional control of their relationships with women. In contemporary societies, governed by the affective paradigm of 'negative relationships' –in which, in a general way, affective-sex ties are deregulated and see their contours increasingly blurred–, heterosexual women suffer from this 'emotional domination', which enters in conflict with their greater aspirations for exclusivity and commitment, their greater emotional availability and their social responsibility for the function of reproduction.

Keywords: Eva Illouz · Pierre Bourdieu · Emotional domination · Symbolic violence · Negative relations.

¹ Profesora Asociada en el Departamento de Filosofía, Lógica y Estética de la Universidad de Salamanca (España). Esta investigación se enmarca en el proyecto de investigación "Herramientas conceptuales del futuro inmediato: por una subjetividad sostenible" (PID2020-113413RB-C32), financiado por la Agencia Estatal de Investigación y el Ministerio de Ciencia e Innovación españoles. E-mail: mariatocino@usal.es.

INTRODUCCIÓN:

EL PROBLEMA DE LA RELACIÓN ENTRE CAPITALISMO,
EMOCIONES Y LIBERTAD EN ILLOUZ

La obra de Eva Illouz constituye un importante esfuerzo por estudiar las transferencias que tienen lugar entre la vida emocional y la conducta económica en las sociedades contemporáneas. Este planteamiento, que recoge su ya célebre concepto ‘capitalismo emocional’ (2007, 2010), justifica su elección de la sociología y la filosofía para abordar las mutaciones en la organización de los afectos desde principios del siglo XX hasta la actualidad. Pues, como ella misma advierte, “el análisis no psicológico de la vida interior se vuelve (...) urgente en la medida en que el mercado capitalista y la cultura de consumo compelen a los actores a convertir su interioridad en el único plano de existencia que se siente real” (2020, p. 14). En concreto, una parte importante de sus investigaciones en torno al capitalismo emocional está dedicada a las relaciones sexoafectivas heterosexuales (2009, 2012, 2014, 2020).² Desde una perspectiva feminista, Illouz muestra cómo las vivencias de estos vínculos por parte de las mujeres y los hombres están determinadas por su socialización de género y, en consecuencia, son divergentes (y, en la mayoría de los casos, antagónicas e irreconciliables). Partiendo de estas premisas, argumentaré que la configuración sesgada por género de la constitución emocional contribuye a perpetuar el sistema de opresión patriarcal.

En este sentido, Illouz ha llegado a afirmar que, en la actualidad, las mujeres heterosexuales “están dominadas emocionalmente por los hombres de un modo que no tiene precedentes” (2012, p. 311). En un contexto en el que los avances feministas y la revolución sexual de la segunda mitad del siglo XX han traído aparejado, contra todo pronóstico, un rearme de las dinámicas patriarcales entre hombres y mujeres a nivel afectivo, la autora pondrá el foco en los conceptos de ‘libertad sexual’ y ‘romántica’ que han acompañado a dichas transformaciones y que, de acuerdo con ella, se han desarrollado análogamente al culto posfordista a la libertad de mercado. De esta manera, dirá que el discurso y la práctica de la libertad, tal y como se han articulado en el plano de las relaciones sexoafectivas a lo largo de las últimas décadas, son una universalización del modo en que los varones acumulan hoy ‘capital sexual’ (Illouz y Kaplan, 2020), que les permite llevar el control emocional

² Más que una omisión involuntaria que obedezca a prejuicios de la autora, el lugar teórico privilegiado que Illouz otorga a las relaciones heterosexuales parece obedecer a su interés por cartografiar el modo en que los vínculos románticos se entrecruzan con la dominación patriarcal que experimentan las mujeres. No obstante, la gran mayoría de sus trabajos sobre las relaciones sexoafectivas también aborda otras formas relacionales no heteronormativas.



de sus relaciones con las mujeres. Más precisamente, señalará que “así como en la esfera económica genera desigualdades y las invisibiliza, en la esfera sexual [esta forma de entender la libertad] también surte el efecto de invisibilizar las condiciones sociales que posibilitan la dominación emocional de los varones sobre las mujeres” (2012, p. 312).

Así pues, el concepto de ‘libertad sexual’ será el punto de partida de estas páginas, que se preguntan por el modo en que la configuración emocional de las relaciones heterosexuales coadyuva al mantenimiento del orden de género patriarcal. En primer lugar, se revelará que, dentro de un marco sociocultural en el que han perdido su autoridad tradicional en el hogar y el trabajo, los varones han pasado a afirmar su estatus por medio de la sexualidad acumulativa y del desapego emocional. A continuación, se describirá el que según Illouz es el paradigma sexorromántico hegemónico en la actualidad: el modelo de las ‘relaciones negativas’, atravesado por la renuencia a la formación de lazos afectivos y, de este modo, modelado a imagen y semejanza de las estrategias que los hombres emplean mayoritariamente en los planos sexual y emocional. Finalmente, se defenderá que la idea illouziana de ‘dominación emocional’ hunde sus raíces teóricas en el concepto de ‘violencia simbólica’ acuñado por Pierre Bourdieu, por el que los dominados adoptan los esquemas epistemológicos de los dominadores, como ocurre con las mujeres y el modelo emocional masculino del ‘miedo al compromiso’.

LA ‘DOMINACIÓN EMOCIONAL’, RESULTADO DE LA REVOLUCIÓN SEXUAL

Para Illouz, la reafirmación de la libertad en el ámbito de la sexualidad ha supuesto una de las mayores transformaciones sociológicas del siglo XX, al haber generado “una variación en los intercambios emocionales de las parejas heterosexuales y, sobre todo, en el fenómeno conocido popularmente como ‘miedo al compromiso’” (2012, p. 88). Su idea es que, lejos de representar un hito fundamental en la emancipación de las mujeres –al ir acompañada del derecho al divorcio y de la comercialización de la píldora anticonceptiva–, la revolución sexual ha tenido lugar en el interior de las relaciones patriarcales entre hombres y mujeres, quienes, en consecuencia, “sienten, viven y evalúan esta libertad sexual de manera diferente en un campo sexual signado por la competencia” (2012, p. 88). De esta manera, en el plano de la sexualidad, la importación de un concepto de ‘libertad’ procedente del ámbito económico habría recodificado y legitimado las desigualdades de género preexistentes. Más concretamente, Illouz se refiere a una forma de entender la libertad en términos individuales, como ausencia de impedimentos externos que

obstaculicen la consumación de la propia voluntad. Asimismo, como sucede en el plano económico, la invocación de la libertad sirve, según la autora, al propósito de invisibilizar las desigualdades estructurales que determinan la acción –en este caso, del género– y, en consecuencia, de responsabilizar plenamente a los sujetos de cuanto son y les sucede. Pues, ante el desgaste de los modelos tradicionales de compromiso –orientados a la formación de la familia nuclear monógama heterosexual–, mujeres y hombres adoptan estrategias diferentes a la hora de entablar vínculos sexorrománticos:

la sexualidad se canaliza por distintas vías en hombres y mujeres, según las diferentes estrategias para obtener un mejor estatus: en el caso de los varones, la sexualidad ha pasado a ser el escenario primordial para el ejercicio del estatus masculino (vinculado con la autoridad, la autonomía y los lazos solidarios con otros varones); en el caso de las mujeres, la sexualidad sigue siendo un factor subordinado a la reproducción y el matrimonio. Así, la sexualidad masculina y la femenina ofrecen una conexión fundamental con el poder social, pero las estrategias adoptadas por unos y otras son distintas. La desregulación de la sexualidad en el contexto de un patriarcado débil y cuestionado, pero presente al fin en la organización de la familia y la economía, divide los caminos del encuentro sexual entre la sexualidad acumulativa y el exclusivismo emocional (2012, p. 139).

La pérdida de privilegios en el hogar y en el entorno de trabajo –especialmente en el marco neoliberal– ha llevado a los varones a encontrar en la sexualidad un nuevo símbolo de estatus. Más concretamente, en la ‘sexualidad acumulativa’, basada en el encadenamiento de encuentros sexuales con el fin de acrecentar lo que Catherine Hakim ha denominado ‘capital erótico’ (2012) y, más adelante, Illouz y Kaplan han reformulado como ‘capital sexual’ (2020). Para los hombres “la propia vida sexual – las experiencias, afectos y deseos sexuales– se convierte en una fuente de valor en sí misma” (2020, p. 32), al transformarse en un signo de autonomía con respecto a las mujeres y de triunfo sobre los otros varones. La tesis de Illouz es que, una vez que estos dejan de estar socialmente obligados a perseguir la reproducción biológica – desde el momento en que desaparece el *pater familias* como figura de autoridad–, la función de formar una familia recae socialmente sobre las mujeres, quienes adoptan por ello estrategias más ‘exclusivistas’ en sus relaciones sexoafectivas. Si a esto se añade que estas perciben sus tiempos reproductivos como una estrecha ventana de oportunidad –angostada aún más por el retraso generalizado de la maternidad en las sociedades occidentales–, se entiende que asuman posiciones más basadas en la búsqueda del apego y del compromiso. Tal y como apunta la autora, además del mal llamado ‘reloj biológico’, otro factor determinante en la asunción por parte de las mujeres de esta función reproductora es la presión que ejercen la industria de la



belleza y el mundo de la publicidad sobre sus cuerpos, al construirlos “como una unidad definida por lo cronológico (y, en consecuencia, amenazada por el deterioro)” (2012, p. 106).³

Así pues, ante la percepción de sus tiempos biológicos y reproductivos como apremiantes y limitados, las mujeres se ven impelidas a poner fin a la búsqueda de pareja antes que los hombres. De este modo, la sobreabundancia de opciones sexuales en la que han desembocado los procesos de liberación sexual es una realidad que forma parte antes de la experiencia de los varones que de la de las mujeres, cuyas oportunidades se encuentran más restringidas por los motivos que acaban de indicarse. Se origina entonces una dialéctica entre la escasez y la abundancia –cuya percepción varía en gran medida de un género a otro–, por la cual el valor de los sujetos disminuye o aumenta de forma inversamente proporcional a la cantidad de alternativas disponibles. En palabras de Illouz, “la abundancia es el efecto económico y emocional de un campo sexual estructurado por la jerarquía y la competencia, un campo que transforma la naturaleza del deseo, activándolo mediante el principio de la escasez, que, a su vez, supuestamente refleja el valor y la posición en el campo sexual” (2012, p. 120). En este sentido, para la autora, las tácticas masculinas de evitación emocional constituyen, de hecho, un mecanismo de compensación de la pérdida del valor de las mujeres en el ‘mercado’ afectivo heterosexual. Se origina entonces una situación paradójica que revela la naturaleza patriarcal que subyace a la dialéctica escasez/abundancia, que no opera del mismo modo para uno y otro género. Pues mientras que las mujeres pierden valor con el incremento de opciones sexuales disponibles, los hombres rentabilizan esta situación acumulando un mayor capital sexual, en una clara transferencia entre los planos económico, emocional y sexual:

Aquí, el deseo se incorpora en una perspectiva económica de las emociones, según la cual el valor disminuye por la sobreoferta y aumenta por la escasez. El punto es que la libertad sexual genera abundancia, lo que a su vez desata el problema de la asignación de valor al objeto del deseo. (...) La situación actual de encuentro entre hombres y mujeres está caracterizada por la abundancia de opciones sexuales para unos y otras, pero la función reproductiva de las mujeres las impulsa a finalizar la búsqueda antes, mientras que los varones no tienen ningún incentivo claro de índole cultural o económica para poner fin a esa búsqueda. Las estrategias de evasión que implementan todos estos hombres no son síntomas de patologías psíquicas, sino que constituyen un intento estratégico de generar escasez y, por lo tanto, valor, en

³ Para caracterizar este régimen social en el que los cuerpos (y, especialmente, los de las mujeres) son constantemente evaluados y, a su vez, producen valor al ser explotados económicamente, Illouz ha acuñado la expresión ‘capitalismo escópico’, que “puede describirse literalmente como una red de mercados diversos que se intersecan en el cuerpo sexual y en el intercambio sexual” (2020, p. 160).

un mercado en el que no pueden asignar valor porque existe una sobreoferta sexual y emocional femenina, y ellos controlan el campo sexual (2012, p. 117).

En este sentido, se puede afirmar que la liberación sexual es una prerrogativa claramente androcéntrica. Como indica Illouz, “la afirmación según la cual solo el sexo desapegado es sexo liberado respalda implícitamente la equivalencia entre la sexualidad libre y la sexualidad desapegada y, por ende, entre la sexualidad masculina y la sexualidad libre” (2020, p. 124). Su idea es que este modelo de sexualidad acumulativa se encuentra indefectiblemente ligado a la evitación emocional que los varones despliegan en las relaciones heterosexuales. Pues el desapego masculino refuerza el valor de autonomía que les confiere el capital sexual y, como apunta la autora, “la acumulación cronológica o simultánea de parejas sexuales tiende a mitigar los sentimientos exclusivos por una sola de esas parejas debido a la exposición a múltiples experiencias” (2012, p. 140). Illouz no deja de señalar que esta configuración de las relaciones heterosexuales está históricamente determinada y supone una inversión del paradigma del ‘cortejo premoderno’ (2020, p. 50): en el siglo XIX, eran las mujeres las que tenían que mostrarse reacias ante el deseo sexual y el compromiso romántico, lo que les otorgaba un cierto poder emocional sobre los hombres, al obligarlos a desvelar sus sentimientos para posteriormente tomar ellas la decisión.

Pues bien, la elusión emocional que los hombres ponen en práctica en las relaciones heterosexuales es interpretada por Illouz en términos de ‘dominación emocional’. De acuerdo con su definición, esta forma de poder “se ejerce cuando una de las partes tiene mayor capacidad de controlar la interacción emocional por medio de un desapego más fuerte y cuando posee también mayor capacidad de ejercer su propio poder de elección y limitar las opciones de la otra” (2012, p. 142). Al ser quienes retienen más sus emociones y son más renuentes al compromiso –pues, como se ha visto, cuentan con mayores opciones sexuales que las mujeres–, los varones controlan afectivamente los vínculos sexorrománticos, esto es, marcan la pauta emocional de la relación. En contrapartida, las mujeres –más proclives al compromiso por las razones esgrimidas más arriba– se encuentran a la expectativa de la otra parte e inevitablemente ven frustradas en uno u otro grado sus aspiraciones de obtención de apego. Esta dinámica patriarcal se expresa máximamente en el modelo relacional que prevalece en la actualidad, caracterizado por una incertidumbre estructural que atraviesa la formación y el mantenimiento de las relaciones sexoafectivas.



EL PARADIGMA CONTEMPORÁNEO DE LAS ‘RELACIONES NEGATIVAS’ Y SUS CONSECUENCIAS SOBRE LA DESIGUALDAD EMOCIONAL

En su obra más reciente hasta el momento, *El fin del amor*, publicada originalmente en 2018, Illouz ha argumentado que las relaciones afectivas contemporáneas se definen “como un ámbito sumido en la confusión, la incertidumbre, e incluso el caos” (2020, p. 21). De acuerdo con esta premisa, en las últimas décadas, el amor y el sexo se habrían convertido en esferas en las que la conducta resulta cada vez más impredecible, ante la desaparición de los guiones sociales que la codificaban y orientaban en el antiguo paradigma del ‘cortejo premoderno’. La tesis de la autora es que la liberación sexual se encuentra directamente relacionada con esta nueva situación de incertidumbre generalizada que afecta a la esfera de la vida emocional y romántica. De este modo, las transformaciones acontecidas en el plano de la sexualidad habrían *desguionado* las relaciones, desde el momento en que el sexo ha pasado de ser el punto final al que se orientaban los encuentros a convertirse, por el contrario, en el punto de partida. Es por ello por lo que Illouz dirá que las relaciones contemporáneas experimentan una “pérdida de la teleología” (2020, p. 113), caracterizada del siguiente modo:

La institucionalización de la libertad sexual por la vía de la tecnología y la cultura de consumo ha producido el efecto contrario: ha instilado en la sustancia, en el marco y en la meta de los contratos emocionales y sexuales una cualidad de fundamental incertidumbre, de disponibilidad al alcance de cualquiera, de incesante controversia, que en gran medida inhabilita la metáfora del contrato para captar lo que denomino ‘estructura negativa de las relaciones contemporáneas’: el hecho de que los actores no saben cómo definir, evaluar o llevar adelante, de acuerdo con guiones sociales estables y predecibles, las relaciones que entablan. La libertad sexual y la libertad emocional han convertido la mismísima posibilidad de definir los términos de una relación en una cuestión indeterminada y en un problema a la vez psicológico y sociológico. Ya no es la lógica del contrato, sino una incertidumbre estructural, crónica y generalizada, lo que gobierna la formación de las relaciones sexuales o románticas (2020, p. 20).

De esta manera, los vínculos sexoafectivos contemporáneos constituyen formas de ‘sociabilidad negativa’, que se caracterizan por “su duración efímera y por el nulo o escaso involucramiento del yo, [y por estar] generalmente desprovistas de emociones, y basadas en una suerte de hedonismo autotético que gira en torno al acto sexual como el principal y único objetivo” (2020, p. 36). Estas nuevas relaciones negativas tienen “propósitos difusos, poco claros, indefinidos o controvertidos; carecen de un guion reglamentario para la vinculación y la desvinculación, e imponen penalidades nulas o mínimas por su disolución” (2020, p. 139). Dicho brevemente, en nombre de

la libertad y de la autorrealización –cada vez más vinculadas a la sexualidad desde la segunda mitad del siglo XX (Illouz, 2009)–, los sujetos evitan el compromiso a corto, medio y largo plazo.

En el caso de una socióloga como Illouz, huelga señalar que el término ‘negativo’ no posee connotaciones despectivas ni entraña juicios morales o de valor sobre el modo en que se desarrolla la sexualidad en la actualidad. Tampoco se trata aquí de una comparación con el paradigma del ‘cortejo premoderno’ en términos peyorativos, que añore la experiencia de otro tiempo ‘mejor’. Por el contrario, con la expresión ‘relaciones negativas’ la autora tan solo se refiere al hecho de que los vínculos contemporáneos se distinguen precisamente por la falta de predisposición de los sujetos a involucrarse en ellos, así como por su facilidad para abandonarlos en cualquiera de sus etapas. Como ella misma apostilla, “una relación social negativa sigue el impulso de la incertidumbre, mientras que una relación positiva está relativamente estructurada y organizada en torno a normas claras” (2020, p. 140). ‘Negatividad’ y ‘positividad’ carecen, por tanto, de un sentido valorativo y se aplican en este contexto con el mero fin de describir la ausencia o presencia de normas y patrones sociales que predeterminen la conducta en las relaciones intersubjetivas entre hombres y mujeres.

Ya en *Por qué duele el amor* (2011), Illouz había abordado el problema de la elección de las parejas afectivo-sexuales y, más concretamente, el proceso de sofisticación de los mecanismos de selección que ha tenido lugar en las relaciones tardomodernas como consecuencia de la aparición y la democratización del uso de Internet. En este sentido, en aquel texto apuntaba que, “como ninguna otra tecnología, la de Internet ha radicalizado la noción del yo en tanto entidad que elige y la idea del encuentro romántico en tanto resultado de la mejor elección posible” (2012, p. 239). Su tesis entonces era que las webs y aplicaciones de *dating* habían traído consigo la reducción de los sujetos a un conjunto de datos objetivables, cuantificables y puestos a competir en un mercado regido por las leyes de la oferta y la demanda. Según Illouz, estas nuevas herramientas de elección de pareja habrían imprimido en el yo la sensación de que las opciones a su disposición son inagotables y, en consecuencia, un imperativo de maximización de oportunidades análogo al que rige en los planos de la producción y el consumo. Paradójicamente, como la autora concluía en esta obra de principios de la década de 2010, la sobreabundancia de posibilidades se traduce, en realidad, en una dificultad para encontrar satisfacción en cualquiera de ellas, ante la sospecha de que siempre puede haber alguna mejor por conocer.

A pesar de estas claras similitudes con su planteamiento posterior en torno a las relaciones negativas, si en los escritos anteriores de Illouz –ya sean la citada *Por qué duele el amor* o la aún más lejana *El consumo de la utopía romántica*



(1997)–, el asunto principal de investigación lo habían constituido las formas en que se configura la ‘arquitectura’ o ‘ecología de la elección’ (2012, p. 85), en *El fin del amor* el tema es, sin lugar a duda, el problema de la ‘deselección’ (2020, p. 37). Así las cosas, parece claro que la sociabilidad negativa se compadece con el ‘estilo emocional’ (2010, p. 22) que adoptan mayoritariamente los varones en las relaciones heterosexuales del presente. El desapego y la renuencia al compromiso propios de este modelo sexoafectivo no solo les permiten controlar sus relaciones con las mujeres, sino que además representan una elevación de estas prerrogativas masculinas a la categoría de modelo general que rige los vínculos románticos entre ambos sexos. Es así como, leyendo a Bourdieu, Illouz dirá que esta distinta configuración de la emocionalidad en función del género reproduce las dinámicas patriarcales que rigen las relaciones heterosexuales y el androcentrismo simbólico que las acompaña.

LA ‘DOMINACIÓN EMOCIONAL’ COMO EXPRESIÓN DE LA VIOLENCIA SIMBÓLICA:

UN ANÁLISIS DESDE BOURDIEU

Una buena parte de las categorías sociológicas formuladas originariamente por Illouz encuentra su origen en conceptos tomados de la sociología de Pierre Bourdieu, que la autora ha aplicado al estudio de las emociones, la sexualidad y los vínculos románticos. De esta forma, a lo largo de su obra, Illouz ha hablado de ‘campo emocional’ y ‘sexual’, de ‘*habitus* emocional’, de ‘capital emocional’ y ‘sexual’ y, en la línea de investigación que atañe a estas páginas, ha propuesto la expresión ‘dominación emocional’ como reformulación de la idea bourdieuana de ‘dominación’ o ‘violencia simbólica’. Si bien es cierto que, en las breves páginas que le dedica al respecto en *Por qué duele el amor*, ella misma no termina de profundizar en esta analogía, sí llega a afirmar que “Bourdieu acuñó el término ‘dominación simbólica’ para designar los modos en que algunos grupos definen la realidad y el valor” (2012, p. 142). En este sentido, a pesar de que la autora no termina de desarrollar esta idea, al menos parece claro que con el término bourdieuano quiere destacar lo siguiente: la violencia simbólica se aplica a las situaciones en las que los dominadores imponen sus esquemas interpretativos de la realidad sobre los dominados, quienes los asumen como propios. Así lo expresaba el propio Bourdieu en su obra *La dominación masculina*, del año 1998:

La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada

de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural; o, en otras palabras, cuando los esquemas que pone en práctica para percibirse y apreciarse, o para percibir y apreciar a los dominadores (alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro, etc.), son el producto de la asimilación de las clasificaciones, de ese modo naturalizadas, de las que su ser social es el producto (Bourdieu, 2000, p. 51).

Para Bourdieu, la ‘dominación masculina’ –la ejercida, claro está, por los varones sobre las mujeres– es la forma paradigmática bajo la que se presenta la violencia simbólica y “constituye una ocasión privilegiada de entender la lógica de la dominación ejercida en nombre de un principio simbólico conocido y admitido tanto por el dominador como por el dominado” (2000, p. 12). Así, la lectura illouziana de Bourdieu no solo resulta pertinente, sino también coherente con la intención inicial del sociólogo francés al elaborar esta noción. Como él mismo señala aquí, la violencia simbólica se desarrolla cuando el instrumento de conocimiento del dominador se hace pasar por natural y neutral, esto es, por la única interpretación de lo real que cabe imaginar. Tal es el caso, sin duda, del modelo contemporáneo de las relaciones negativas, que sanciona a nivel simbólico el *ethos* androcéntrico del desapego emocional y devalúa los atributos que socialmente se vinculan a las mujeres en las relaciones sexorrománticas (el compromiso, la exclusividad afectiva, la responsabilidad de formar una familia, etc.). Dicho brevemente, la dominación emocional sería una forma de violencia simbólica y, más concretamente, de dominación masculina, al basarse en una legitimación del comportamiento evitativo de los hombres a nivel afectivo que condena a las mujeres a ver frustradas sus aspiraciones, e incluso a adoptar esta forma de actuación androcéntrica como propia.

Este último caso supondría, de acuerdo con Illouz, la forma más evidente y extremada de la violencia simbólica, al llevar la complicidad de los dominados con los dominadores y con la dominación hasta sus últimas consecuencias. Es importante señalar que, según Bourdieu, esta connivencia no entraña que las mujeres sean *de facto* responsables de su propia sumisión, pues el concepto de ‘dominación simbólica’ pretende ir más allá de la dicotomía entre coacción y consentimiento y, en definitiva, cuestionar la libertad de agencia de los sujetos individuales. Así, las relaciones de dominación estarían más bien “incorporadas”, esto es, inscritas en los cuerpos, y representarían, “antes que las decisiones de la conciencia y de los controles de la voluntad, una relación de conocimiento profundamente oscura para ella misma” (2000, p. 54). Como apunta el sociólogo francés, las mujeres, en tanto que dominadas, interpretan las relaciones de dominación que mantienen con los varones desde las mismas coordenadas sexistas que fundan el orden simbólico de la dominación, contribuyendo de este modo a



reproducir la violencia y los esquemas patriarcales que las constituyen y de los que son víctimas en su trato con los hombres:

las mismas mujeres aplican a cualquier realidad y, en especial, a las relaciones de poder en las que están más atrapadas, unos esquemas mentales que son el producto de la asimilación de estas relaciones de poder y que se explican en las oposiciones fundadoras del orden simbólico. Se deduce de ahí que sus actos de conocimiento son, por la misma razón, actos de reconocimiento práctico, de adhesión dóxica, creencia que no tiene que pensarse ni afirmarse como tal, y que crea de algún modo la violencia que ella misma sufre (2000, p. 49).

En un contexto de sociabilidad negativa como el actual, no resulta extraño que las mujeres reproduzcan los comportamientos marcados por el desapego afectivo y la sexualidad casual, en un ejercicio de imitación de la conducta de los varones. Como explica Illouz, especialmente desde la década de los setenta, “algunas mujeres han adoptado la sexualidad acumulativa como un estilo de vida emancipado, como resultado de nuevos mandatos que las invitan a experimentar placer e igualdad” (2012, p. 142). Precisamente, esta tendencia femenina a incorporar estrategias afectivas relacionadas con el sexo casual pretendería subvertir las relaciones de dominación que se derivan del hecho de que la sexualidad se haya convertido en una fuente de poder para los hombres. Pues si la autoridad de los varones en las sociedades contemporáneas viene dada por el control del ‘campo sexual’ y, por ende, del ‘campo emocional’, parece evidente que la imitación del modo de proceder masculino por parte de las mujeres no solo debe ser interpretada como una prueba de la legitimidad social de las estrategias de acumulación sexual y elusión emocional, sino asimismo como una respuesta proporcional ante esta actitud androcéntrica que persigue anular los efectos de la dominación. En definitiva, la adhesión femenina a los hábitos sexuales masculinos supone un intento de transformar su conducta sexual en una fuente de reconocimiento social y, lo más importante, en una réplica al desapego de los hombres que busca despojarlos del control emocional que detentan en las relaciones heterosexuales. La pregunta que cabe hacerse es, por tanto, si estos intentos de subversión de la dominación afectivo-sexual que las mujeres padecen bajo el paradigma de las relaciones negativas pueden tener verdadero éxito en un contexto social patriarcal. A esto Illouz responde como sigue:

al adoptar dicha sexualidad, las mujeres están respondiendo e imitando a los varones, que obtienen poder por ese medio. A la luz de la teoría sobre la dominación simbólica y emocional, esto no llamaría tanto la atención: si la sexualidad acumulativa constituye un atributo de estatus masculino, lo más probable es que genere tanto una imitación (de dichos atributos de poder) como una respuesta estratégica (y la

única respuesta adecuada frente al desapego ajeno es un mayor desapego propio). Para las mujeres, la sexualidad acumulativa siempre convivió con la exclusividad y, por lo tanto, está plagada de contradicciones. En efecto las mujeres tienden a mezclar estrategias sexuales acumulativas y exclusivistas. Es más, para ellas, la sexualidad acumulativa constituye un modo de lograr la exclusividad y no un fin en sí misma (2012, pp. 142-143).

De este modo, Illouz deriva de la teoría bourdieuana la siguiente idea: cuando las mujeres –las dominadas– adoptan la conducta de los varones –los dominadores–, se ven envueltas en contradicciones y tensiones que se derivan de su socialización *qua* mujeres. Y es que, para ellas, la sexualidad acumulativa se encuentra a menudo orientada a la formación de pareja, “y, por lo tanto, (...) tienen más probabilidades de sentir deseos contradictorios, de adoptar estrategias emocionales confusas y de ser dominadas por la mayor capacidad masculina para evitar el compromiso mediante la sexualidad acumulativa” (2012, p. 144). Así, en el caso de las mujeres, los intentos individuales de invertir el orden simbólico de los dominadores siguen conviviendo con el patriarcado y con la dominación emocional masculina. Como defenderá Bourdieu, una subversión de este tipo solo tendría sentido bajo la forma de una ‘revolución simbólica’, es decir, como una “transformación radical de las condiciones sociales de producción de las inclinaciones que llevan a los dominados a adoptar sobre los dominadores y sobre ellos mismos un punto de vista idéntico a los dominadores” (2000, p. 58). Dado que la violencia simbólica es un acto de (re) conocimiento práctico que no depende de la voluntad, poner fin a los efectos de su dominación pasa necesariamente por eliminar las condiciones que posibilitan que los dominados hagan suya la perspectiva de los dominadores.

CONCLUSIONES

En este trabajo se ha partido de una interpretación de la revolución sexual de la segunda mitad del siglo XX que ha revelado sus derivas patriarcales y sus efectos mercantilizadores sobre la existencia humana. Como afirma Illouz, “al igual que en la esfera de mercado, la libertad implica una recodificación cultural de las desigualdades de género, que se han vuelto invisibles porque la vida romántica sigue la lógica de la vida empresarial” (2012, p. 88). Por un lado, como se ha visto, el proceso de liberación sexual ha supuesto una canalización de las relaciones patriarcales por otros medios. Así, las reflexiones de Illouz ponen de manifiesto que, junto a la violencia económica, laboral, sexual y física que continúan padeciendo las mujeres, en un contexto de avances feministas ha aparecido una nueva forma de dominación de tipo simbólico-emocional, más difícil de percibir, pero no por



ello más atenuada. Por otro lado, el surgimiento de la sexualidad acumulativa ha traído consigo la creación de un nuevo mercado afectivo en el que los sujetos se convierten en objetos intercambiables cuyo valor depende directamente de su escasez. A ello se suma que, en el marco ideológico neoliberal, a nivel discursivo, las desigualdades estructurales se disuelven en decisiones individuales *libremente* tomadas y desvinculadas de cualquier entramado causal común. Esta profundización en las dinámicas de género preexistentes, por la vía de la mercantilización (tardo) capitalista, se expresa máximamente en el modelo contemporáneo de las relaciones negativas, que eleva de forma inadvertida a la categoría de paradigma sexoafectivo la conducta asociada por excelencia a los varones.

El análisis a través de las categorías de Bourdieu ha permitido ahondar en la naturaleza de esta nueva forma de dominio que los hombres ejercen sobre las mujeres por medio de la evitación emocional y el miedo al compromiso. En primer lugar, ha revelado que la dominación masculina se caracteriza por prescindir de toda necesidad de justificación, toda vez que se hace pasar por el orden natural de los acontecimientos. Como apunta Bourdieu, “la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla” (2000, p. 22). En segundo lugar, los análisis del sociólogo francés han permitido explicar el concepto illouziano de ‘dominación emocional’ a partir de una situación en la que dominados y dominadores asumen esta legitimidad del comportamiento elusivo a nivel afectivo. De este modo, en tercer lugar, en *La dominación masculina* Bourdieu esclarece por qué los intentos individuales de derogar la dominación simbólica están llamados a fracasar, desde el momento en que solo cabe entender tal inversión de la situación de dominio desde las coordenadas de una ‘revolución simbólica’ –y no desde las tentativas de las voluntades individuales–, que transforme radicalmente las condiciones de posibilidad de la relación entre dominados y dominadores. De lo contrario, las estrategias acumulativas que puedan adoptar las mujeres con el fin de evitar el dominio emocional estarán siempre sometidas a la moral patriarcal que juzga y evalúa la sexualidad femenina, así como a otros imperativos de género que reciben socialmente (entre ellos, la formación de una familia, la imposición de los cuidados, la estabilidad y la exclusividad afectivas, etc.) y que resultan contradictorios con la conducta sexual definida desde un punto de vista androcéntrico.

En definitiva, en un contexto de avance del movimiento feminista y de igualdad formal entre hombres y mujeres, así como de mayor equidad económica, laboral y en el hogar, los varones encuentran en el plano afectivo una nueva fuente de autoridad y estatus que perpetúa el orden patriarcal. En este sentido, en *Por qué duele el amor y El fin del amor*, Illouz muestra cómo el *habitus* emocional de

los sujetos es un elemento fundamental en la reproducción de las desigualdades sociales, como ya lo hiciera en *La salvación del alma moderna* al analizar las formas no económicas de capital, entre ellas el capital emocional (Tocino Rivas, 2021). En esta operación, resulta esencial el recurso a Bourdieu, a quien, no obstante, se ha criticado con frecuencia su falta de manejo teórico de la tradición feminista (Posada Kubissa, 2017). A pesar de ello, no cabe duda de que *La dominación masculina* constituye una obra clave para dar cuenta de los modos en que las mujeres contribuyen involuntariamente a perpetuar su propia dominación, incluso al intentar liberarse de ella. Pues esta lectura del concepto de ‘dominación simbólica’ permite a Illouz politizar un sufrimiento invisible que experimentan las mujeres en las relaciones heterosexuales contemporáneas y del que se sienten responsables ante la legitimidad del orden simbólico de la sociabilidad negativa.

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Trad. Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama.
- Hakim, C. (2012). *Capital erótico. El poder de fascinar a los demás*. Trad. Jofre Homedes. Debate: Madrid.
- Illouz, E. (2007). *Intimidaciones congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Trad. Lilia Mosconi. Madrid: Katz.
- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica*. Trad. María Victoria Rodil. Madrid: Katz.
- Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y cultura de la autoayuda*. Trad. Santiago Llach. Madrid: Katz.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Trad. María Victoria Rodil. Madrid: Katz.
- Illouz, E. (2014). *Erotismo de autoayuda. “Cincuenta sombras de Grey” y el nuevo orden romántico*. Trad. Stella Mastrangelo. Madrid: Katz.
- Illouz, E. (2020). *El fin del amor. Una sociología de las relaciones negativas*. Trad. Lilia Mosconi. Madrid: Katz.
- Illouz, E. y Kaplan, D. (2020). *El capital sexual en la Modernidad tardía*. Trad. Vicente Merlo Lillo. Barcelona: Herder.
- Posada Kubissa, L. (2017). “Sobre Bourdieu, el *habitus* y la dominación masculina: tres apuntes”. *Revista de Filosofía*, 73, pp. 251-257.
- Tocino Rivas, M. (2021). “El capital emocional: reflexiones sobre competencia emocional y desigualdad a partir de Illouz”. En Olivero Guidobono, S. y Martínez González, A. J. (coords.). *Identidades, segregación y vulnerabilidad. ¿Hacia la construcción de sociedades inclusivas? Un reto pluridisciplinar*. Madrid: Dykinson, pp. 1806-1823.